

tivadores, que llevando hasta un extremo lamentable la exageracion de su distinto criterio, terminan con frecuencia dejando mas confuso y oscuro el punto que procuraban ilustrar. Los unos creyéndolo todo, dejan ancha puerta á la fábula y á la ficcion, para que usurpen plaza de verdades: los otros incrédulos, y temiendo ser engañados á cada paso, niegan hasta las verdades por huir de la fábula, y acaban por convertir la historia en una série no interrumpida de símbolos misteriosos<sup>1</sup>. De unos y otros debe apartarse la severa crítica, absteniéndose por lo menos de pronunciar su fallo, cuando no encuentre en la contienda razones bastantes para decidirla. Por eso, y concretándonos á la tradicion de Florinda, sostenida por los historiadores árabes, que recogieron en España todas las narraciones de los tiempos que les precedieron, de boca del mismo pueblo, el cual en aquellos calamitosos tiempos no podia tener cronistas para consignar los tristes pormenores de la pérdida de su patria, repetimos lo que manifestamos en un principio; que no siendo inverosímil ni contraria al buen sentido ni á las costumbres de la época, ni á las especiales de Rodrigo, la tradicion esplanada, debe por lo menos suspenderse el juicio, hasta que nuevas pruebas demuestren su falsedad, la cual no ha de verse declarada por la sola negativa de los que la impugnan.

Justificado con las indicaciones hechas nuestro proceder, tiempo es ya de que narremos la historia de la infortunada Florinda, cuya fatal hermosura, fué

A España ¡ay! cuan llorosa  
Y al cetro de los godos cuan costosa!<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Recordamos á este propósito haber leído un ingenioso folleto francés, escrito para censurar esta manía escéptica de algunos historiadores, en el cual su autor suponiendo que escribe en siglos venideros, demuestra á sus contemporáneos, que Napoleon no existió jamás, y que es solo un mito que encerraba grandes enseñanzas sociales.

<sup>2</sup> Fray Luis de Leon: oda «La Profecía del Tajo.»

## III.

Costumbre muy seguida en la monarquía visigoda, y conservada posteriormente en las de Leon y Castilla, era la de que los hijos é hijas de los magnates viviesen desde la edad infantil en el palacio del Rey, creciendo á su lado, participando de los recreos y enseñanza de los príncipes, y recibiendo con las primeras ilusiones de la existencia, el gérmen del amor á sus soberanos y á la patria, gérmen que en edad mas granada fructificaba á maravilla.

Los varones, desde que la adolescencia comenzaba á prestar vigor á su brazo, iban cerca del monarca en la caza; y cuando la guerra (frecuente á la sazón) llamaba con su acento de muerte al combate, aquellos jóvenes, amaestrados en el pesado manejo de las armas, eran esforzados capitanes, que conducian á la victoria las huestes de la patria.

Las hijas de los mismos magnates, viviendo bajo el labrado techo de la cámara de la Reina, recibian la educacion propia de la época y de su noble estirpe al lado de su soberana, y acompañándola despues constantemente, solo abandonaban á su regia protectora para pasar á los brazos del esposo con quien debian compartir su existencia. De este modo se establecia poderoso enlace entre los monarcas y los señores, reuniéndose en una gran familia, los individuos todos de la nobleza visigoda.

Así creció en el palacio de Toledo, tan rica en dones del espíritu como en atractivos de peregrina hermosura, la hija del Conde Julian, cercano deudo del monarca, y encargado de un importante gobierno en las poblaciones del Estrecho, fronterizas al África. Amada de la Reina Egilona, era el mejor ornato de la Corte, y la esperanza del Conde, rudo guerrero, que solo sentia enternecido su corazón de padre, por el purísimo recuerdo de su hija.

No era en verdad la Corte del monarca visigodo, á pesar de las virtudes de Egilona, digna morada para la virtuosa doncella. Habíanse corrompido y depravado en los últimos reinados las costumbres hasta el punto que nos demuestran los cánones de los últimos concilios toledanos, y no bastando á contener el vicio las conminaciones de la iglesia, véiase tolerado el concubinato público, y la fidelidad conyugal, tan respetada de los antiguos godos, era frecuentemente y sin recato quebrantada. El lujo, y la sensualidad de Witiza, habían contribuido á que corrieran corte y pueblo por la rápida pendiente del mal, y lejos de contenerlos Rodrigo en tan funesta carrera, dió pábulo al escándalo con sus desórdenes, y alentó el vicio con sus liviandades.

La hermosa Florinda, aunque rodeada de aquella impura atmósfera, vivía, respirando al lado de Egilona las tranquilas auras de la virtud, sin temer ni sospechar siquiera el vicio; que las almas nacidas para el bien, ni aciertan á comprender la existencia del mal.

Pero muy pronto su misma hermosura fué la causa inocente de su infortunio. Violenta impresion produjeron sus gracias en el corazón del monarca, y no era Rodrigo hombre que supiera vencerse, ni el amor que sentía, una de esas pasiones que animando la pura idealidad del sentimiento, pueden vivir en el alma sin que el labio acierte á darles forma, ni las manche la impureza del deseo.

Acostumbrado á no guardar la fe jurada en los altares á Egilona, el monarca, ardiendo solo en brutales deseos, tuvo bastante audacia para atreverse á ofrecer su pasión á la pura doncella, sin respetar el casto sueño de su inocencia velado por el pudor. Florinda al verse arrancada tan rudamente á la dulce calma de su feliz ignorancia, sintió ese indefinible pesar que solo comprenden las almas buenas, cuando por vez primera se les presenta en toda su deformada desnudez la asquerosa imagen del vicio.

Con lágrimas, mas que con palabras, rechazó los deseos de Rodrigo; pero ciego éste con su loco afán despues que «vió descubierto su corazón, no era día que no la requiriese una vez ó dos, y ella se

defendiese con buena razón»<sup>1</sup>. La lucha sin embargo era desigual y no difícil de prever su término. Llegó un día en que Rodrigo cansado de aquella virtuosa resistencia, y no pudiendo rendir ni con el halago, ni con las seducciones, ni con la amenaza la firme virtud de Florinda, decidió cumplir cobardemente por la fuerza, lo que la voluntad no hubiera podido nunca recabar.

El inicuo atentado se consuma: el casto coro de las vírgenes aparta su vista del palacio real; el monarca despues de su delito, abandonado de Dios siente sobre su corazón el peso del remordimiento, y nuevo Amnon despues de haber marchitado la belleza de Tamar huye de Florinda, queriendo huir de sí mismo, para apagar en vano el grito de su conciencia.

Tan villanamente ultrajada Florinda sintió arder en su corazón con el noble orgullo de su raza, toda la fiera energía de la sangre goda que circulaba por sus venas. Había ocultado á su padre las impuras ofertas del Rey, temerosa de suscitar contiendas, que pudieran acarrear la eterna desgracia del autor de sus días, no temiendo por otra parte que el Rey osara á tanta iniquidad; pero cuando se vió de tal modo mancillada, mezclándose á su profunda pena, la sed de la venganza abrasó su pecho. Triste mensaje de su afrenta envió al desdichado Conde, que en el delirio de su inmenso pesar, no vió mas que el ofensor y la víctima, sin comprender que tras de ellos estaba la ventura de todo un gran pueblo.

Buscó la venganza, y por lograrla no se detuvo ante la traición. Vengado quedó á la verdad, pero perdida la patria; y la triste Florinda, causa inocente de tantas desgracias, hundida en el olvido, llorando en tierra extraña su desdicha<sup>2</sup>, si es que antes de ello no la acabó la pena, pasó á la posteridad envuelta en el negro manto de su deshonra, para que fuese profanada hasta su memoria.

Los cristianos viendo en ella una de las causas de la ruina de la

<sup>1</sup> Crónica de D. Rodrigo.

<sup>2</sup> En Málaga existía una puerta llamada de la Cava, que la tradición decía fué por la que salió Florinda para embarcarse y pasar á las vecinas costas de África.

patria, la confundieron en el sentimiento de horror que les inspiraban los invasores, y conservaron la tradicion de su existencia, pero bastardeada con el impuro atavio del vicio: de sus labios la aprendieron los árabes para escribirla en sus crónicas, y dando á la infortunada Florinda el nombre de *la Cava*, ó de la mala muger, confundieron sin quererlo á la maldad con la desgracia.

Consignada por ventura en la mayor parte de los escritores la violencia de Rodrigo, la razon ha vindicado sus fueros: Florinda es ya considerada como la triste victima de un monarca extraviado, no como la impura cómplice de sus vicios<sup>1</sup>; y su historia se trasmítirá de generacion en generacion, para terrible ejemplo de los que viéndose en la cumbre de las grandezas humanas, creen que no debe existir mas razon que su capricho, y que estan dispensados de respetar las santas leyes de la virtud.

¡ Ay! de esos desgraciados, y ¡ ay! de sus pueblos. Llegará un dia en que el *Mane, Tezel, Phares* aparecerá con terribles caracterés en el negro celage de su vida, para arrojar sobre ellos, como nube de piedra en campo de desolacion, las falanges de Tito, las hordas de Atila, las tribus de Mahoma, ó las desbordadas turbas de la multitud, arrastradas por el delirio de la venganza.

<sup>1</sup> Algunos poetas llevados de la creencia vulgar, han considerado á Florinda como la concubina de D. Rodrigo; tal sucedió al preclaro D. Angel Saavedra Duque de Rivas, en su poema «Florinda», impreso á continuacion de su bellissima creacion «El moro expósito.» Otros en cambio, siguiendo la verdadera tradicion, han presentado á la hija del conde Julian, como victima de los livianos deseos de D. Rodrigo, segun vemos en aquella estrofa de la oda citada de Fray Luis de Leon:

« En mal punto te goces  
Injusto forzador; que ya el sonido  
Oigo ya, y las voces,  
Las armas y el bramido  
de Marte, de furor y ardor ceñido.»

Entre las notables composiciones que la historia de Florinda ha inspirado á nuestros poetas, creemos oportuno citar, por lo casi desconocido que es de los eruditos, un preciosísimo poema, que tal nombre merece, aunque no esté adornado con los encantos de la rima, escrito con el título de «Los últimos godos» por el actual Marqués de Gerona, y publicado en Granada el año de 1811, en el periódico titulado «La Alhambra.»